

EL RINCON DEL DOCAT

2019

Comentado por Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Nº 165

¿ES SIEMPRE MALA LA POBREZA?

Si pobreza significa una situación de necesidad obligada, o la desposesión de todos los medios necesarios para la vida, entonces sí la pobreza es un mal. La pobreza relativa, es decir, no vivir en exceso, no tiene por qué ser algo negativo.

Así pues, en un sentido la pobreza es un pecado que clama a Dios, pero en otro es una virtud y un don.

El mero hecho de que parte de la humanidad se muera de hambre, y que otra esté desperdiciando los alimentos que sobran, es un escándalo, y un pecado que clama al cielo. Es difícil decir por dónde debe discurrir la línea de la pobreza en los países ricos y establecer lo mínimo necesario para la existencia. La pobreza es un pecado que clama a Dios cuando está impidiendo que las personas puedan vivir dignamente por un reparto desequilibrado de la riqueza del mundo. Un mundo que ha sido creado con los suficientes recursos para todos. Es un pecado especialmente grave que clama la justicia de Dios. Es terrible que mueran personas de hambre con todos los medios que hay hoy día. Existen ONGs, e instituciones de la Iglesia que luchan contra el hambre en el mundo, y que dan datos de cuántos medios económicos se necesitarían para terminar con el hambre en el mundo, y resulta que son una broma comparado con los recursos que destinamos a cosas triviales.

La pobreza puede llevar al hombre a reconocer sus auténticas necesidades ante Dios y abrirse humildemente a Él, en la oración y en confianza. Cuando los cristianos se toman en serio, una y otra vez se produce la renuncia libre y consciente a la riqueza material, pues lo que se desea es servir a Dios con el corazón libre. Tiene así vigencia el que el seguidor de Jesús deba ser pobre ante Dios, es decir, estar libre de posesión en el interior. Nada se debe anteponer al amor de Dios. En el Evangelio, el propio Jesús nos avisa sobre el peligro de las riquezas, porque tienen la capacidad de “desorientar” el corazón del hombre, de manera que éste pierda el hambre y la sed Dios al quedar

j.m 2019

atrapado en las riquezas, y nos pide que tengamos un corazón pobre (bienaventurados los pobres de espíritu).

Hay que hacer compatible esa pobreza de espíritu con el que uno pueda tener acceso a los bienes mínimos necesarios para poder vivir en dignidad, porque en esa pobreza de espíritu hay un gran valor, y es el de estar libre de posesión en el interior. Curiosamente las riquezas nos pueden poseer, de manera que, en vez de ser uno el que posea a las riquezas son ellas las que le tienen a uno. Las riquezas pueden hacer que las otras cosas sean antepuestas al amor a Dios, lo cual es terrible porque va en contra del primer mandamiento. Es difícil ser rico y tener un corazón pobre y desprendido.

Por tanto, estamos llamados al mismo tiempo a luchar contra la pobreza en el mundo y a acariciar el valor evangélico de la pobreza, porque nos permite ser libres para no anteponer nada al amor de Cristo.